

LA PIEDRIQUINA

A n u a r i o

n.º 8

Marzo 2015



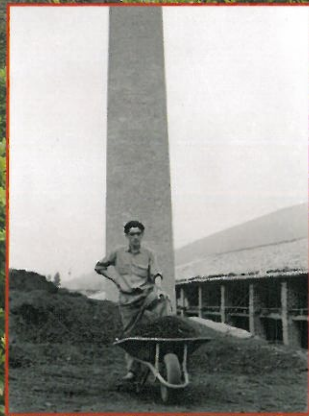
El origen de la casa de Andayón en el...



Arturo Valdés y el arrastre de bueyes.



Talleres de costura en S. Cucao de Llanera



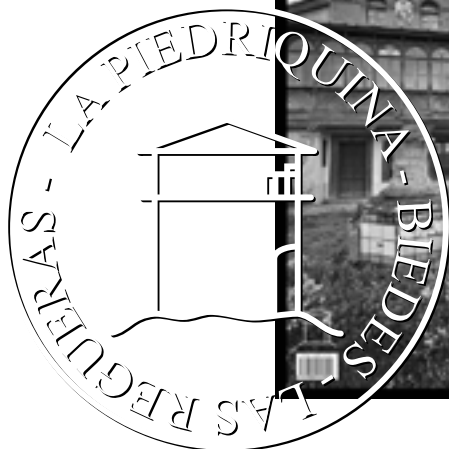
Las tejas de Villayo y Santa Cruz de Llanera



SN 1888-5578



1888 557009



PRESENTACIÓN

Podríamos reflexionar sobre la velocidad con la que ha cambiado el modo de vida de los seres humanos a lo largo de la historia. Si una persona del siglo V pudiese viajar en el tiempo y aparecer en el siglo XV, no conocería a las gentes ni los edificios, pero vería que las costumbres de la sociedad poco se habrían modificado. En cambio ¿qué sentiría una persona de 1900 si despertase hoy en 2015? Seguro que se sorprendería y creería estar en otro planeta ante tanto cambio.

El cambio no es malo si sabemos aprovecharlo y podemos aprender de él. Pero para poder saber a dónde vamos, siempre es necesario conocer de dónde venimos, e intentar que nuestra historia no se pierda con el cambio. Eso, es lo que intenta, aunque sea *pedriquina a pedriquina* nuestra asociación por medio de este Anuario y de todas las publicaciones.

Refresharemos con él la memoria del paso de las columnas gallegas, ya que apenas queda vivo ningún testigo. Conoceremos algo más de la vida de José Manuel Menéndez de Cogollo, cantante y maestro de canto. Sabremos de las epidemias que afectaron a nuestro concejo y de los emigrantes a Cuba, que pocos recuerdan ya; así como un repaso por los talleres de costura de San Cucao de Llanera y de las tejas y barreras de Villayo y Santa Cruz. También aprenderemos la importancia del Archivo Municipal, tan maltratado... para continuar con un recuerdo en homenaje a Arturo Valdés toda una institución en el arrastre con güés. Un serio estudio sobre el origen de la casa de Andayón y sus protagonistas en el siglo XV nos transportará a esa época. Por último, unos villancicos recogidos en Biedes, Landrio y Soto y una muestra fotográfica de la fiesta de San Juan de Trasmonte de 1959 completan el sumario.

Sumario

	Pág.
A sangre y fuego. El avance de las columnas gallegas por Les Regueres <i>Florentino González Fernández</i>	3
José Manuel Menendez, Menalva. Una lección de música <i>Sofía G. Lahera</i>	12
Epidemias y crisis alimentarias en Les Regueres <i>José Luis Martínez Quintana</i>	18
La emigración a Cuba en Les Regueres <i>Rosa M^a Rodríguez Fernández</i>	25
Aguja y dedal. Talleres de costura y bordado en San Cucao de Llanera <i>Chema Martínez</i>	48
Breve recorrido histórico por el Archivo Municipal de Las Regueras: del arca de tres llaves al convulso siglo XX <i>Miguel Ángel Suárez Suárez, Laura Arango del Campo, Nabil Ambaz Martínez, Asociación L'Ayalga</i>	71
Las tejas de Villayo y Santa Cruz de Llanera <i>Julio García Maribona Rodríguez Maribona</i>	78
La fiesta de San Juan de Trasmonte de 1959 a través de la cámara de <i>José M^a González Villanueva</i>	94
Diego de Valdés y Sancha de las Alas: el origen de la Casa de Andayón en el concejo de Les Regueres (finales siglo XV) - parte I <i>Jesús Antonio González Calle</i>	98
Arturo Valdés: el arrastre de bueyes <i>M^a Asunción Arias Fernández</i>	113
Villancicos <i>M^a Teresa González Tamargo, Nieves Miranda Suárez, Laura Cayarga Fernández</i>	3

LA PIEDRIQUINA

A n u a r i o

© COPYRIGHT

'LA PIEDRIQUINA' RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

EDITA:

ASOCIACIÓN CULTURAL Y RECREATIVA 'LA PIEDRIQUINA'

COORDINA:

ROSA M.^a RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ

COLABORADORES:

HAN SIDO COLABORADORES DE LA REVISTA LOS FIRMANTES
DE LOS ARTÍCULOS PUBLICADOS.

CORRESPONDENCIA:

PARADES, 18
E-33190 LAS REGUERAS, ASTURIAS
lapiedriquina@yahoo.es
www.lapiedriquina.com
www.facebook.com/la.piedriquina
lapiedriquina.blogspot.com

MAQUETACIÓN E IMPRESIÓN:

RADIAL ARTES GRÁFICAS

DEPÓSITO LEGAL: AS 6.683/2007

ISSN: 1888-5578

LA ASOCIACIÓN CULTURAL Y RECREATIVA 'LA PIEDRIQUINA' NO SE
HACE RESPONSABLE DE LAS OPINIONES EXPRESADAS POR LOS AUTO-
RES DE LAS COLABORACIONES.



Foto de portada: José Ángel Granda Fernández: Casa de D. Enrique en La Casa Nueva, Valduno.



Blindado republicano Avelino Alonso *El Caleyú* el 25 de septiembre de 1936 en algún lugar del frente de Grado. Este blindado fue posiblemente uno de los dos que atacaron Valsera el 12 de Octubre

Aguja y dedal: Talleres de costura y bordado en San Cucao de Llanera

Chema Martínez

INTRODUCCIÓN

Creo que es conocido mi interés en buscar protagonismo femenino para alguno de mis trabajos en este *Anuario*. Con eso de poner el norte en localizar una *genialidad* sobresaliente, que no dudo habrá, pasaba por alto una manifestación típica y casi exclusivamente femenina cual es el de las modistas y bordadoras. Por cuestiones que no vienen al caso, quise desde un principio centrarme sólo en la parroquia de San Cucao de Llanera y –creo que el lector también lo valorará así– la nómina final resultante es más que notable y estimo plenamente representativa de esta profesión, pues aunque los protagonistas pertenezcan a dicho espacio geográfico, el trabajo puede ser indicativo de toda una especialidad profesional y modo de vida rural muy significativo y extensible a toda la geografía regional asturiana, cual es el de modista, sastre y bordadora.

Temporalmente, alcanza desde hoy hasta tan atrás como me ha sido posible.

Según el diccionario de la Real Academia Española, es Modista: *la persona que tiene por oficio hacer trajes y otras prendas de vestir para señoras*. Sastre: *el que tiene por oficio cortar y coser vestidos principalmente para hombre* y Bordadora: *la persona que tiene por oficio bordar, tanto a mano como a máquina*. El *inventario* o relación de profesionales que se incluye más adelante, trata de registrar al colectivo –mujer u hombre– que haya tenido o tenga un taller donde otras modistas, oficialas o aprendizas hayan adquirido los secretos de este arte y hayan trabajado en los encargos que se hacían a la dirección del taller.

Espero fácilmente entendible esta limitación principal, dado que, prácticamente, todas las mujeres en el ámbito rural al que me circunscribo sabían coser lo básico para el día a día familiar y lo que aquí pretendo

es ofrecer una nómina tan exhaustiva como me fue posible de las –llamémoslas creo que merecidamente– maestras/os o instructoras/es de una formación profesional básica, imprescindible y generalizada en nuestros pueblos, muy acusada en las décadas de los años 20 hasta la de los 70 del pasado siglo. Así, al lado de las figuras principales, con detalles personales identificativos, aparecen algunas de sus *alumnas* primero, y colaboradoras cualificadas cuando no auténticas especialistas, ya pocas semanas después. Detalles de cada taller, fechas de funcionamiento, equipamiento básico, procedencia de las materias primas, peculiaridades de los trabajos desarrollados, anécdotas..., todo ello en la medida de lo que fue posible reunir, tratan de configurar un retrato breve pero significativo.

Así pues, modistas, sastres y bordadoras están presentes en la vida cotidiana desde muy antiguo y es en este devenir histórico, cuando en el pasado siglo XX, aparece generalizada la figura de la modista/sastre y bordadora rural, como referida a los profesionales cualificados que llevarán a cabo una doble función social. Por un lado, completarán la formación escolar de la mujer *para sus labores*, –no en todas las escuelas de primera enseñanza se instruía en los rudimentos del coser y del bordar– tarea ésta básica en una economía doméstica, en muchos casos muy humilde y necesitada, donde la búsqueda de la autosuficiencia era casi obligada. Pocas adolescentes quedaban sin esta especialización, que se consideraba como cultura general básica para la mujer, y que yo considero como el *master femenino* de la época, inmediatamente después de terminada la etapa escolar, sino ya antes o simultáneamente con ésta. Generalizando, el coser, cortar y bordar, serían sucesivamente los tres grados de especialización.

Por otro lado, en aquéllos talleres de pueblu, se materializa en el mundo rural asturiano las tendencias de la moda nacional e internacional, que llegaban a través de revistas especializadas muy populares entre nuestras protagonistas, en las que éstas se inspiraban adaptando e innovando el vestuario, tanto cotidiano como *de vestir*, a las necesidades de la clientela inmediata, muy cercana en los ámbitos personal y geográfico, en unos años donde no existían ni los grandes almacenes ni las tiendas de ropa, hoy día tan generalizadas, que con sus diseños estacionales, más o menos estandarizados y a precios económicos, ponen el vestido al alcance de cualquier estamento social. De hecho, la aparición de este tipo de comercio, llevó a la desaparición casi total de la modista y sastre rural, así como de los bordados a mano o máquina personalizados y generalizados por ejemplo, en los ajueres de novia. La juventud femenina buscó otras salidas profesionales más rentables, acordes con la evolución de los tiempos, se generalizaron estudios de secretariado y otros similares, así como diferentes empleos.

ACADEMIAS DE CORTE Y CONFECCIÓN

Las academias de corte y confección establecidas en Oviedo, así como algunas especialistas particulares, eran los centros a los que acudieron las candidatas a modistas profesionales de San Cucao para aprender el corte, y también bordar. Generalmente obtenían el correspondiente diploma acreditativo.



El método de Corte de **Manuela Migoyo**, editado en Oviedo en 1943, *maestra* de la gran mayoría de las modistas de las que nos ocupamos y el más antiguo y también ovetense de **Irene Garcia**, de 1933, éste sin haber sido citado por ninguna de nuestras modistas, pero sí usado por Carolina Quintana (1922–2012), nacida en Nueva York, a su regreso en Valduno y más

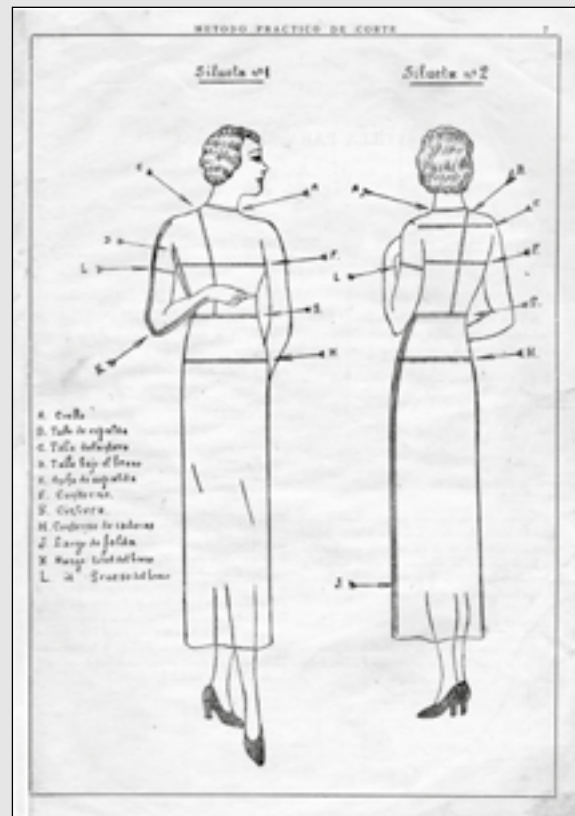
tarde en la Colonia Astur, son bastante similares. El índice del **Irene**, que reproducimos a modo de ejemplo, nos permite ver la amplitud de su contenido a la vez que indica claramente las prendas que se confeccionaban.

DIVISION DEL METODO

Para facilitar el estudio de una sencilla graduación de Corte y Confección, se ha dividido el trabajo asignando los lecciones con arreglo a los clases de prendas de vestir, como se indica a continuación:

Sección I—MEDIDAS		200
Lección 1.—Forma de tomar las medidas		6
Sección II—CANASTILLA PARA RECIENTE NACIDO		
Lección 2.—Pantalón, Camisa, Corpiño, Chaleco, Chaqueta, Manguito, Vestido y Gasa		8
Lección 3.—Faja o jaulilla, Buzo, Capote, Bolero, Capa, Bata y Colsa, Mantilla Inglesa		10
Sección III—ROPAS PARA NIÑAS		
Lección 4.—Camisa, Camisa ligera, Pantalón, Buzo, Mangas, Mangas ligera y Camisa		12
Lección 5.—Blusa, Delantal y Capa		14
Lección 6.—Vestido y Abigo		16
Sección IV—ROPAS PARA NIÑO		
Lección 7.—Traje niño y Traje niña		18
Lección 8.—Blusa, Chaqueta y Pantalón		20
Lección 9.—Abigo completo de niño		22
Sección V—ROPAS INTERIORES DE SEÑORA		
Lección 10.—Camisa de noche con mangas y Apoyos		24
Lección 11.—Camisa de día, Inglesa, Camisa sencilla		26
Lección 12.—Pantalón y Buzo		28
Lección 13.—Fajeta		30
Lección 14.—Chaqueta de pijama y Chaqueta de casa		32
Lección 15.—Mangas		34
Lección 16.—Cuchifletes de cuerpo y mangas, Inglesa		36
Lección 17.—Bata de noche		38
Sección VI—MODISTERIA		
Lección 18.—Delantal		40
Lección 19.—Falda		42
Lección 20.—Bata		44
Lección 21.—Vestido de señora		46
Lección 22.—Mangas de señora		48
Lección 23.—Camisa		50
Lección 24.—Manguito		52
Sección VII—ROPAS INTERIORES DE CABALLERO		
Lección 25.—Camisa		54
Lección 26.—Chaleco		56
Lección 27.—Pijama		58
Sección VIII—ROPAS EXTERIORES DE CABALLERO		
Lección 28.—Traje de mañana		60
Lección 29.—Blusa para vestir o después		62
Lección 30.—Abrigo de tres botones		64
Lección 31.—Chaleco		66
Lección 32.—Pantalón		68

MÉTODO IRENE



El Ferrer (1917), **Santaliestra** (1917), **Serrano, Wara** (1939), de corte y armado **Conchita** (años 40), **Hoyos** (1946), **Martín Barroso** (1960), **Pilary** (1964), así como el muy popular de Corte y Confección **Sistema Martí** eran algunos de los muchos métodos coetáneos, nacionales, que tuvieron repetidas reediciones y que suponemos conocidos de la generalidad de las modistas.



PARA BORDAR A MÁQUINA, LAS TIENDAS DE ALFA Y SINGER ORGANIZABAN CURSILLOS BÁSICOS A QUIENES ADQUIRÍAN UNA DE SUS MÁQUINAS. HABÍA POSIBILIDAD DE SEGUIR PERFECCIONÁNDOSE MÁS TIEMPO DEL ESTÁNDAR OFRECIDO POR DICHAS FIRMAS Y ELLO PERMITÍA ADQUIRIR EL TÍTULO ESPECÍFICO.

EL MÍTICO MAHÓN EN UN MAR DE PAÑOS

En estos años, en las tiendas y almacenes apenas tenían ropa hecha. Había sobre todo, tiendas de tejidos. Ninguna de las modistas vendía la tela para confección aunque Elviro el sastre, disponía de cierto número de rollos de diferentes paños para trajes, que ofrecía a sus clientes.

Algodón, lana, lino, seda... eran la base de la pañería usada. Los nombres de alpaca, batista, cañamazo, chantung, crepé, cretona, cheviot, felpa, fieltro, franela, gabardina, gamuza, gasa, guata, lino, jacona, lona, mahón, muletón, muselina, organdí, organza, pana, percal, piqué, popelín, sarga, seda, tafetán, terciopelo, tisú, tul, vichí, villela... no son sólo algunos de los nombres de tejidos conocidos, sino más o menos frecuentemente usados por los talleres más importantes, y algunos de ellos, lógicamente, no estaban al alcance de la generalidad del campesinado.

Hacerse un traje o un vestido, era un hecho singular que respondía generalmente a bodas, bautizos, comuniones u otros acontecimientos similares, cuyo uso se administraba rigurosamente buscando la máxi-

ma duración de las prendas. Trajes de bautizo o comunión, era habitual reutilizarlos convenientemente reajustados por hermanas, primas, vecinas u otras amistades.

Aún estábamos lejos de la viscosa, el elastano y otros componentes sintéticos que los avances tecnológicos incorporaron a gran parte de la ropa que llevamos hoy día. Por ello, el desgaste de estos paños o tejidos naturales y los condicionamientos económicos en el estamento campesino de aquéllos años, imponían el remendar la ropa de uso cotidiano como una necesidad casi vital y era una práctica generalizada que realmente no desapareció hasta la generalización de los jeans; casi todos hemos visto los pantalones y chaquetas de mahón, mandiles, y en general ropa con remiendos claramente diferenciados por un color más vivo que el resto de la prenda. Una probable evolución estética de esta práctica tal vez se materializó en la confección industrial alrededor de los años 70 cuando chaquetas y jerséis se vendían en las tiendas con las coderas incorporadas e, incluso hoy día, sin que aquél método haya desaparecido, alguna ropa deportiva recrea con diferentes tonalidades aquéllas prácticas tan generalizadas en las caserías asturianas.

DEL TRAPU AL VESTIDO DE CEREMONIA



MARUJINA SEGUNDIN-ALFA-1957. FOTO DEL AUTOR

El tradicional *trapu* era el punto de partida para coser y bordar, en algunas ocasiones ya en la escuela primaria. Hay constancia clara de que en él se trabajó en la escuela de San Cucao con la maestra nacional María Luisa Rato, y en la de Tuernes con Julia Torrado. Perfeccionarse en bodoques, cadenetas, calaos, cañamazos, cordones, dobladillos, espigas, festones, filés, frailes amarraos, incrustación, nidos de abeja, la puntada atrás, ojales, pespuntos, punto de sombra,

punto cruz, punto escapulario, punto ruso, presillas, realces, remiendos, repasaos, vainicas, zurcidos... llevaba su tiempo; el bastidor de madera, agujas, dedal, dedil, tijeras, punzón... eran algunas de las herramientas particulares de cada aprendiz. Con todo ello, además de solventar una necesidad básica puntual, nos legaron algunas muestras sobresalientes de artesanía popular. El bordar a máquina sería una especialización que no todas las chavalas de la época tuvieron.

Modistas, sastres y bordadoras, tratan con sus clientes el tipo de ropa que van a confeccionar concretando los detalles de la misma referidos a formas, colores, material, acabados, etc. Toman las medidas necesarias del cuerpo para establecer las dimensiones que adoptarán las prendas y resuelven con su cliente las terminaciones del diseño.



VESTIDOS RECIÉN ESTRENADOS EN EL DÍA DE RAMOS. MARZO, 1958.
FOTO JOSÉ M^a GONZÁLEZ VILLANUEVA

Cada prenda requería medidas específicas, con ligeras necesidades y variantes por sexo, adultos o niños, y cuya sistemática manera de tomarlas se indicaba en los manuales con detalle. Las modistas y sastres tenían en general una libreta donde apuntaban las medidas de cada cliente. El *centímetro* —en realidad, una cinta métrica flexible de 1,50 metros— manejado con una soltura y destreza manifiestas, parecía intuir más que medir cuello, ancho de espalda, talle delantero, busto, cintura, caderas, largo total de manga precisando el detalle hasta el codo, el grueso del brazo y del puño y más específicamente en el caso masculino, el tiro desde la cintura a la entrepierna, contorno de mus-

lo...; *las manos* de papel de seda para cortar —blanco o crema— la escuadra y el cartabón, tijeras, dedales, agujas y todo un muestrario de hilos —diferentes para hilvanar o coser— los jaboncillos de colores, eran utensilios imprescindibles para trasladar las medidas al patrón y marcar escotes, frunces, sisas... El cortar, encajar las piezas, configurando la *glasilla* o prototipo llamada *toile* por los franceses y *toales* en el argot coloquial de nuestras modistas, pasar hilos, pruebas sobre el maniquí, sobrehilar, embolsillar, coser costuras, la cinturilla, hacer trabillas, frunces y pinzas, empalmar, hacer los bajos, braguetas, jaretones, canesús, ojales, coser botones, rematar..., eran algunos de los pasos imprescindibles para dar forma a la prenda antes de las pruebas. No debemos olvidar *los plomos* que se ponían a los bajos de los vestidos, dentro de la jareta, una especie de monedas tipo botón que se cosían o bien un símil de aro muy flexible con el fin de que mantuvieran la configuración del vuelo deseada y conservaran la forma en su sitio.

Por otro lado, aunque ninguna de mis entrevistadas hizo referencia al mismo, se impone citar aquí como muestra del grado de sofisticación alcanzado por la profesión, el aparato marcador de bajos que muestra la foto; en este caso fue comprado en New York por la ya citada Carolina Quintana y usado en su taller. Consiste en una regla vertical con un pequeño depósito que se carga con polvos de talco. Se ajusta la altura a la medida propuesta y luego mediante una pera similar a un pulverizador de colonia, se va marcando una línea de talco alrededor de la prenda.



MARCADOR DE BAJOS. FOTO JOSÉ LUIS MARTÍNEZ QUINTANA

Algunos géneros, escribió Humildad Vázquez en *La Piedriquina* n° 44: *había que ponerlos a remojar, sobre todo los algodones porque menguaban; más de una vez, se hizo algún vestido sin remojar el paño, quedando*

inservible al primer lavado, y se culpaba a la modista de ello. Cada profesional tenía su particular manera de enseñar las características de cada medida y cómo se repartían para los diferentes cortes. Las tareas se distribuían entre las oficiales según la experiencia y veteranía de cada cual. La ropa de novia exigía generalmente, un sigilo y discreción extremos. Incluso era habitual que las aprendizas desconocieran que en el taller había tal encargo y era común hacer las pruebas los días festivos o por la noche. También se confeccionaba ropa interior de mujer y hombre. Las chaquetas y chalecos daban mucho trabajo. Se necesitaban muchas puntadas para entretelar los delanteros, cuellos y solapas. Las entretelas se sujetaban *picachando*. El planchar era tarea encomendada directamente al sastre o una colaboradora muy aventajada. Aquéllas planchas de hierro a las que había que echarles dentro tizones ardiendo, o de las que se calentaban encima de la chapa de la cocina, requerían cierta destreza en su manejo para dar a las prendas terminadas el apresto de una pieza única, lista para usar.

Decir que se hacía todo tipo de ropa, de diario, de vestir y para la casa en general, como he relatado más arriba, no es exagerado. Que se bordaban las iniciales particulares en múltiples complementos, tampoco. Podríamos citar también blusas, enaguas, camisones, casacas; combinaciones, saltos de cama; bolsas para el pan, para los peines o para las pinzas, caracterizadas por aquéllos vistosos detalles multicolores de espigas y amapolas; toallas, pañuelos, manteles, tapetes, mandiles para la cocina.

Aquéllas artesanas eran tan prácticas como innovadoras. Es suficiente observar las fotos que publicamos para ver la gran variedad de tejidos, modelos y estilos trabajados. Pocas veces se copiaba el modelo tal como venía representado en revistas o figurines de moda del vestir o de ajuar para el hogar, pues generalmente aquéllas sólo servían de orientación para la bordadora, modista o sastre y respectiva cliente. La inventiva y el saber hacer de los profesionales daban el toque distintivo y original a cada prenda. Probablemente fuera más común que los bordados se ajustaran más al modelo impreso, pues la estética depurada que ofrecían las revistas y las instrucciones detalladas de qué tipos de hilo debían usarse según para qué efectos, facilitaba enormemente conseguir el objetivo deseado.

Estos profesionales en general, ganaban poco más que para sí mismos y también sufrían la morosidad en algunos casos. Como dice Humildad Vázquez: *había*

que mirarse mucho a la hora de cobrar los encargos, pues el corresponder a favores recibidos, razones de vecindad, que la hechura costara más que la misma tela utilizada, condicionaban el precio final. A comienzos de los años 70, unas 300 pesetas por una falda de mujer y 900 por un traje completo, podrían ser precios indicativos.

Pocas de mis entrevistadas, recuerdan lo que cobraban por enseñar. La inmensa mayoría de las veces era gratuitamente, pues pasados los rudimentos, las aprendizas trabajaban en los encargos del taller según su propia experiencia, siempre bajo la supervisión y aprobación final de la titular de éste, aliviando así la carga de trabajo. Cuenta Avelina La Cabaña, que si se pagaba, podrían ser unas 5 pesetas en los años 50–60 del pasado siglo y el doble si se quería aprender también el corte. A finales de los 70 una hora de corte al mes supondría unas 1000 pesetas y de 300 a 500 por coser.

Alfa-Revista de Labores que se editaba en San Sebastián en las décadas de los 50 y 60 del siglo XX y cuyo precio de venta rondaba las 7 pesetas, ofrecía tanto dibujos de modelos infantiles y adultos para cualquier estación y actividad, como diseños de bordados en ropa de niños, juegos de cama, manteles, etc. Enviaba los patrones de los modelos infantiles que representaba por unas 20 pesetas que debían remitirse por giro postal al mismo tiempo que se indicaba la edad del destinatario o destinataria. Completaba los números con secciones dedicadas a la alta costura, las novedades en París o Hollywood, puericultura, menús para fiestas, recetas de cocina, concursos de bordados y relación de las premiadas, indicaciones de corte y confección, al tiempo que promocionaba desde la propia *Alfamatic* —que se podía pagar a plazos— hilos, tijeras *Palmera* o calentadores de agua *Otsein*.

Otra de las revistas representativas en este caso para bordados, era *Realce*, editada en Valencia, cuyos precios en la década de los 60 rondaban las 20–25 pesetas y eran auténticos álbumes para bordar a punto de cruz, letras y motivos decorativos en general en sábanas, colchas, mantelerías, etc.

Motivo aplicado de Barcelona, con modelos para juegos de cuna, colchas, capazo—moisés, baberos, toallas, servilletas, vestidos, bombachos, camisones, pijamas; *Zoo* también de Barcelona que se publicitaba a sí misma como *el mejor surtido de Figurines para Señoras y Niñas* y ampliaba su oferta sobre la anterior con modelos de incrustación, realce, festón, cordón, fantasía, punto de sombra; *Ropa de Cama*, de Madrid incluía

recetas detalladas de cómo llevar a la práctica lo que mostraba en sus páginas; *El Miguelete* de Valencia, especializada en bordados de letras..., eran algunas de las revistas que manejaban nuestras protagonistas.

Un extenso catálogo de las publicaciones propias ordinarias y extraordinarias solía incluirse con sus respectivos precios en estas revistas que se enviaban según demanda “por correo si el pedido era inferior a unas 10–15 pesetas o contra reembolso si las superaba; también se admitía en algunos casos el envío de sellos de correos debiendo incrementar el importe en unas 3 pesetas más para hacer frente a los gastos de envío”.

Estas y otras revistas similares, como la típica *Burda*, –incluso disponible hoy día– además de ser posibles adquirirlas como antes se ha dicho, también era posible comprarlas en las librerías de Oviedo, o en el propio taller de Aurina Migoyo, que incluso se surtía en Francia.

MODISTAS, BORDADORAS Y SASTRES EN SAN CUCAO

El sastre más antiguo del que hay noticias en la parroquia de San Cucao, vivía en una casa ubicada en el denominado *Prau del Sastre* en el alto de La Llomba, hoy día perteneciente a Casa el Roxu en Tuernes el Pequeño. No he logrado saber ni el nombre, apodo u otro dato particular del mismo. Su existencia habría que datarla en el siglo XIX pues vecinos de la zona inmediata, nacidos en los primeros años del siglo XX, ya no le conocieron, y le recordaban sólo por los comentarios escuchados a sus mayores.

Y, en lo que sigue, una breve reseña particular de las modistas, sastres y bordadoras, con taller y alumnado en la parroquia de San Cucao, en orden alfabético:

Aurelio, Cándida y Carmen de Segundín

Todos hermanos, apellidados Pérez Rodríguez, nacidos en Casa Segundín de Tuernes el Pequeño, hijos de Ramón y Ramona. Ellas tenían un taller de costura tanto para hombre como para mujer, instalado en la sala del piso de la casa paterna, en aquéllos años, con corredor, en el que también colaboraba su hermana Etelvina. Su máquina de coser marca *Singer* se conservó hasta hace poco tiempo. Pocas más referencias se pueden tener hoy día de ellas. Está confirmado que Asunción de L'Obispo fue una de sus alumnas y probablemente Consuelo Baén fuera aprendiz en su taller, que terminó alrededor de 1935.

Cándida (1897-1977), falleció en la casa paterna de Tuernes, tras haber vivido de casada en Trubia, donde había seguido cosiendo, particularmente ropa masculina. Carmen (1908-1988) al casarse aproximadamente en 1935, pasó a vivir en *Ca Bras* de Brañes, abandonó el coser y allí falleció.

Aurelio (1898-1938) fue sastre en Oviedo; fusilado en Tuy durante la Guerra Civil, el 2 de julio.



TIJERAS DE AURELIO SEGUNDÍN. FOTO DEL AUTOR

Carmen Loy

Carmen Álvarez Rodríguez, hija de Eloy y de Pilar, nació en Casa Eloy de San Cucao en 1898 y falleció en Oviedo en 1993.

Lamentablemente, pocos datos contrastados podemos ofrecer sobre ella. Sí se sabe que fue una modista de reconocido prestigio, tanto para hombre como para mujer, que aprendió y trabajó con Elviro el Sastre y la mujer de éste.

Hasta su casamiento en 1936–1937, su propio taller estaba en una habitación con vistas a la carretera en la parte izquierda de la casa paterna, donde disponía inicialmente de una máquina *Singer* a rabil –que su madre usaba cuando iba a coser por las casas de los alrededores– y posteriormente, dispuso de otra máquina también *Singer* pero con pedal. Hacía sus propios patrones y los típicos figurines de moda se conservaron hasta hace poco tiempo. Con ella aprendieron y trabajaron María Paredes, Rosario la Madrillana, Pacita Piedra, Luisa el Pozo, Luisa el Municipal, Marina el Capellán, Carmina y Oliva de La Peña, Guadalupe el Felechal, Gelina de Ca Carreño, Araceli y María Bastián, Lera el Caminero, Luisa Eugenio, Palmira el Minuto, María Ca Manuel, Mercedes de Alvarín, María Ca Alonso... y se sabe que Lola la Costana, también pasó por su taller. Esta extensa relación de aprendizas, se debe a las notas manuscritas de una



CARMEN LOY HACIA 1930

de sus alumnas, Pacita Piedra, (1916–2005), que conserva hoy día la hija de ésta, Rosa Rodríguez de *La Piedriquina*.

Incluso venía gente desde Oviedo a San Cucao para hacerse la ropa. Clientes destacados eran los Tartiere, con quienes su familia mantenía una estrecha relación, pues una hermana formaba parte del servicio de aquéllos. En Oviedo siguió cosiendo y mantuvo durante años un taller con aprendices en la zona de La Tenderina. A Rosa Rodríguez, le contó su madre Pacita Piedra, que le tocó hacer el *repulgo* de toda la ropa interior de batista de alguien de Casa Doña Pepa, para quien hicieron en el taller de Carmen Loy todo el ajuar de boda.

Carmína la de Hortensia

Carmen Pérez Blanco, hija de Manuel y Hortensia, nació en San Cucao en 1943, donde actualmente conserva vivienda. La saturación del aula de la escuela nacional de la parroquia, impuso turnos de mañana y tarde a las alumnas y ello favoreció que ya a los trece años y para llenar la otra mitad del día, en este caso las tardes, acudiera al taller de Mina La Panera para aprender a coser. Poco después de los 16, cree recordar, comenzó en la academia de

Aurina Migoyo, donde consiguió el diploma en 8 meses. Simultáneamente, con las monjas domésticas en la calle San Vicente de Oviedo aprendió a bordar a mano. A bordar a máquina, la enseñó Enedina L'Obispo en Tuernes.

Su propio taller lo instaló con poco más de 17 años, es decir por 1960, en la casa paterna de San Cucao, primero en la cocina, después en el portal de entrada y más tarde en habitación de la parte trasera de la casa hasta cerrarlo en 1988–1989 por incorporarse a la industria familiar. Inicialmente y durante un año más o menos, enseñaba solo a bordar a mano a Maripaz y Marisa la Panera, Amelia Bastián, María Carmen y Eva las de Anuncia, Terina la Teyera, Titi la del Topu, Menchu y Chelo Carola, Mari Luz Zapateru... –nunca bordó para clientes ni enseñó a hacerlo a máquina– y después corte y confección. Celina Bango, Marité de Chinta, Mari la de Lía, Florina Manolón, Gelinós Boría, Genma, Maricarmen y Florinda de Panizales... fueron algunas de sus alumnas de corte. Acudían por las tardes, durante todo el año, con los utensilios básicos e incluso la mayoría de las alumnas con sus propios *banquinos* para sentarse. Le pagaban algo y a Gelinós la de Boría, Carmina le daba semanalmente una pequeña cantidad pues era la más veterana, muy eficiente y le solventaba mucho trabajo del taller. Este disponía de una máquina *Alfa*, una mesa para marcar y cortar, la de planchar, planchas de hierro y al final también alguna eléctrica. Las pruebas se hacían frente al armario con espejo que formaba parte del ajuar de su madre, espejo que aún se conserva y que por su tamaño permitía una visión completa de la figura, lo que era muy apreciado por las clientas ya que así podían recrearse en los detalles de la prendas. Cosía solo para mujer y había tanta carga de trabajo los días inmediatos a las fiestas patronales que obligaban a pasar algunas noches casi en blanco e incluso, fruto del cansancio y las prisas, se quemó algún vestido al plancharlo. Los trajes de novia nunca se le encargaron con especial exigencia de secreto, los confeccionaba en la semana previa a la ceremonia y no hizo de primera comunión.

Algunos apellidos de renombre de Oviedo, y profesionales de la milicia, la industria, la enseñanza y la sanidad formaban parte de su clientela. Otros llegaban incluso desde Piedras Blancas; “unas traían a otras”, recuerda. Confeccionar una falda supondría unas 150 pesetas y un vestido cree recordar que alrededor de 300. Su madre Hortensia almidonaba y planchaba muchos de los encargos. *Elegance, Cadena* además del



MARIPAZ LA PANERA, AMELITA BASTIÁN, ESTHER DE LA TEYERA, CARMINA HORTENSIA, TITI MARGARITA Y M^a LUISA LA PANERA. FOTO GRAÑA

popular *Burda*, eran algunas de las revistas que manejaba habitualmente. Hilos y demás complementos, los encontraba en *Casa María* del Fontán, en *La Más Barata*, y en *Casa Fernando* de Posada, donde además le forraban algunos botones. No había costumbre de escuchar la radio en el taller y su hija María, colocada en el centro del corro formado por las aprendizas, era frecuentemente acunada por éstas sin dejar de coser. En la casa había muchas palomas y recuerda como anécdota, que en sus patas siempre había enrollados infinidad de hilos de toda clase y color, consecuencia de andar revoloteando por todos los rincones alrededor de la casa.

Gelina Josepín

Joaquina Ramona María de los Ángeles Fernández Sánchez, que así se llama *Gelina Josepín*, nació en Tuernes el Grande en 1930 y actualmente vive en Mazurén. Hija de Cándido y Celesta, aprendió a cortar con Pura de Casa Lín de Biedes desde los 14 a los 16 años. Después en *Alfa* de la calle Uría en Oviedo durante un año más o menos, a bordar a máquina. En Casa Josepín aproximadamente desde 1946 a 1950, con una máquina a pedal de la citada marca, se dedi-

caba fundamentalmente a bordar. Con ella aprendieron María Luisa y Menchu de Manolin. Azucena, su hermana, acudió esporádicamente a Mazurén después de casada Gelina, buscando completar algún bordado. También confeccionaba ropa de mujer, además de los tradicionales pantalones de mahón de hombre para la familia y el vecindario.

Elviro el Sastre

Elviro Pevida Valdés hijo de Manuel y Josefa, nació en Villapérez en 1886 y falleció en su casa del Torrejón, en La Piniella de San Cucao, en 1966. Era el sastre por antonomasia de la zona, con el que colaboraba su mujer Fredesvinda, natural de Ables y fallecida en 1977. Se les consideraba muy buenas personas y eran muy conocidos no solo por la sastrería, sino también por gestionar el correo rural durante años. Aunque es difícil de precisar, se estima que en 1917, cuando se casó ya tenía establecido su taller en San Cucao, que mantuvo abierto hasta su accidentada muerte en 1966.

En su taller con suelo de madera, que Fredes mantenía impoluto a base de fregados a mano con arena de La Cogolla— era conocida la exigencia de que *ni*



ELVIRO EL SASTRE

un filu nel suelu y que allí, no se podía usar el mismo calzado que fuera, sino que deberían usarse zapatillas exclusivas para el local. Situado en la planta baja de la casa, entrando a la derecha, junto a la cocina, Elviro ocupaba un asiento al lado de la ventana, frente a Fredes, y un poco más atrás, las aprendizas sobre tres *banquinos* de madera y un paño sobre su ropa de calle. En la misma habitación también había una mesa auxiliar y según algunas, hasta tres máquinas de coser; en la cocina, siempre encendida para mantener las planchas calientes, había otra mesa de gran tamaño sobre la que se planchaba, tarea ésta generalmente encomendada a Fredes. En otro local enfrente donde se tomaban las medidas y hacían las pruebas de la ropa, había una estantería con los rollos de diferentes tipos de paños para confección, la mesa sobre la que se exponían para seleccionarlos por parte de los clientes, y sobre la que Elviro –siempre con un *centímetro* al cuello– marcaba y cortaba, así como un ropero donde se colgaban las prendas terminadas protegidas con sábanas blancas.

Se dedicaba a la confección de todo tipo de vestuario masculino; Oscar de Martínez aún recuerda con

nitidez los trajes que le hizo Elviro; Gerardo Segundín, precisa que en 1952, estrenó su primer traje con pantalón tipo bombacho que hacía furor por aquél entonces y Fernando el Barberu encargó allí el traje de novio. La fama de buen hacer de Elviro le proporcionó clientes muy conocidos, como por ejemplo el entonces alcalde de Llanera José Manuel Boves, así como otros múltiples de renombrados apellidos de los alrededores e incluso ovetenses. Los encargos se podían pagar a plazos, generalmente una entrada al encargarlo y dos plazos más como máximo.

Coser con Elviro era casi un privilegio. Un silencio disciplinado imperaba en aquéllas largas jornadas en las que había cierto grado de distribución de los trabajos: Nieves la de Ángel estaba especializada en los bajos, bolsos y braguetas de los pantalones; Conchita el Barberu en todo tipo de ojales; Carmina Mazurén y Margarita Santos en chaquetas, entretelas y hombreras...; hay constancia de que a finales de la década de 1950, algunas de estas colaboradoras recibían una paga de 2,50 pesetas semanales por su trabajo de jornada completa con pausa para comer y merendar. Carmina la de Dimas, Marina La Campa, Esther la de Eugenio, Anita la de Milia, Tiva la Peña... fueron otras de las aprendices con Elviro, quien se reservaba para sí en exclusiva *el armar las solapas* de trajes y chaquetas. La mayoría acudían de las dos de la tarde hasta el oscurecer, con una pausa para la merienda que solían hacerla junto a los portones de la cercana finca de los Tartiere. Los días previos a la *Fiestona* de San Cucao, eran momentos de gran apuro en el taller y exigían prolongación de la jornada e incluso largas veladas a Elviro y Fredes para terminar puntualmente los encargos recibidos.

Esmeralda de Rabada la Parte

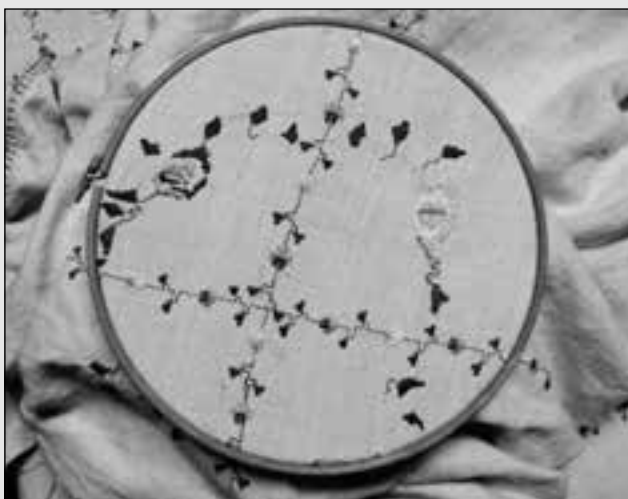
Esmeralda Rodríguez García, hija de Modesto y Margarita, nació en Casa La Rabada de La Parte, en 1946, donde sigue residiendo en la actualidad.

Aunque siguiendo la tendencia de aquéllos años, fue a clase de corte y confección en una academia de la calle Caveda de Oviedo, pronto se dio cuenta que su pasión era el bordar. En la casa *Alfa* de Oviedo, adonde acudió desde los 16 a los 18 años, se diplomó como bordadora.

En 1964 estableció su propio taller de bordado a máquina en una habitación de la planta baja de la casa, a la derecha del bar familiar, donde inicialmente había 2 máquinas *Alfa* a pedal y posteriormente una

más, marca *Singer* y automática. El taller permaneció abierto hasta 1968 aunque ella siguió atendiendo encargos del público dos años más y lógicamente para sí misma y familiares. Al momento de entrevistarme con ella, trabajaba bordando a mano motivos en la gartera sobre una sábana. Por el taller pasaron tanto en horas de mañana como de la tarde y a lo largo de todo el año, en horario sincronizado para poder usar las máquinas disponibles, Conchita el Zapateru, Maruja la Granda, Manolita Norberto, María Paz la Panera, María Jesús de Josepín, Gelinós la de Quilo..., que a cambio de una módica contribución económica se ejercitaban en un primer momento en hacer vainicas de varias clases, cordón, realces, filés, bodoques, punto de cruz... antes de trabajar en juegos de cama, mantelerías, juegos de cuna, toallas, etc. Les pedía que vinieran provistas del paño para hacer el muestrario, tijera, punzón e hilos, que también en ocasiones, les vendía Esmeralda. Sobre un dibujo de aquéllas revistas figura anotado el importe que cobró –70 pesetas– por un juego de cama.

Esmeralda conserva una excelente colección de revistas: *Realce*, *el Miguelete*, *Mercel Lys*, *Cys*, *Alfa*, *Zoo*, *Motivos Aplicados*, *Ipar*, etc. que en su momento utilizó como modelos de dibujos, iniciales, motivos florales, etc. adquiridas en cualquiera de las librerías de Oviedo. Los hilos, por muy delicados que los necesitara, siempre los encontraba en *La Más Barata*.



BORDADO DE ESMERALDA. FOTO DEL AUTOR

De su enorme cantidad de encargos solventados, mencionaremos a título indicativo los ajuares completos como el de Margarita la de Mundo Tamargo; muchos juegos de cama y mantelerías para la Chuca Mauro; juegos de cuna como el hecho para Marita la Practicante, etc.

Flor de Martínez

Florentina Martínez Abarrio, nació en Casa Martínez de Tuernes el Grande en 1928. Hija de Virginio y Fortunata, actualmente vive en Oviedo. Su afición a la costura surgió de ver la dedicación de su hermana María a cortar y coser y a las revistas que sobre el tema recibían de su otra hermana Argentina desde Buenos Aires. La teoría y perfeccionamiento en Corte y Confección, lo adquirió en la Academia, probablemente *Migoyo* de Oviedo.

El taller lo tenían instalado en la sala del primer piso de la casa paterna, donde ayudaba en los encargos que tenía su hermana María y los propios de ella misma. María, que en Tuernes nunca tuvo aprendices, sí contó con alumnas en su taller tras casarse y establecerse en Arroyo, Cayés. El taller de Casa Martínez estaba equipado con máquina *Singer*, mesa para cortar, habitación para probar con espejo y demás componentes habituales.



FLOR DE MARTÍNEZ

Flor tuvo como alumnas entre otras, a Margarita Pachantón, Conchita Gorin y Elvira Justo. Algunas traían la comida. Cosía fundamentalmente para mujer y, recuerda ella, hizo para la buena moza que era mi madre un vestido negro que le llevó a probar a Casa el Ferreru en compañía de su hermana Margarita pues su timidez no le permitía ir sola. De aquélla visita surgió el encargo de hacerme a mí un pantalón corto que bien pudiera ser el que –encajando fechas y viendo fotos– llevo en el entierro de mi hermana Isolina. Multitud de vestidos para les *neñes* de La Costana y de Cal Barreru salieron de sus manos y Lola La Costana y Tita Justo eran habituales en las esporádicas tertulias que surgían en el taller.

Se la consideraba una muy buena modista, aunque ella piensa que su hermana María lo hacía mejor. En 1954 emigró a Buenos Aires reclamada por su otra hermana Argentina allá residente. Oscar, el hermano, la acompañó hasta Vigo para el embarque y entre su equipaje figuraba la máquina de coser que tenía en Tuernes. Los encargos pendientes a su marcha los solventó su hermana María.

En Buenos Aires, Flor desarrolló una intensa vida profesional y social; pertenecía al Centro Asturiano y tenía habitual contacto, entre otros con Urbano Silvestre y su familia, sus vecinos los de Casa Colasa que también vivían en la capital, y más esporádicamente con los de Casa Chinta de Tuernes el Grande, residentes éstos en la provincia de Rosario. Cosía para todos ellos y era muy especialmente conocida y estimada por la colonia italiana en la capital bonaerense, sus principales clientes, a quienes satisfacía con modelos de especial diseño para acontecimientos y reuniones de carácter social.

Josefina Silvestre

María Josefa Fernández Fernández, hija de Justo y de María, nació en Casa Silvestre de Tuernes el Pequeño, en 1949 y actualmente vive en Posada de Llanera.

Con 14 años pasó uno más o menos con Margarita Ablanera aprendiendo a coser y seguido, se diplomó en Corte y Confección en la *Academia Migoyo* de Oviedo; una tercera etapa de formación sería bordando a mano con Marujina Segundín y a máquina con Esmeralda La Rabada, todo ello antes de pasar a coser con Sara Martínez durante unos dos años.

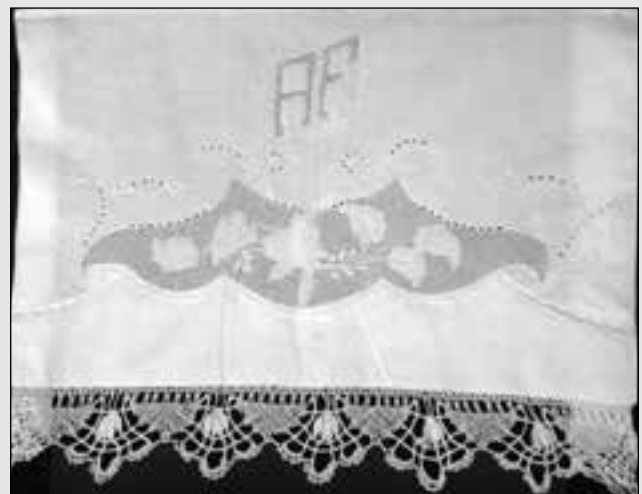
Como consecuencia de que su padre era representante de las máquinas *Alfa*, estableció su taller de bordados a máquina en el portal-sala de la casa paterna en 1968, que estuvo abierto hasta 1988. Desde entonces, se dedica únicamente a la confección de encargos de ropa de mujer y algún arreglo de ropa masculina, tareas que también simultaneó desde el principio pero solo para sí y su familia. De 1968 a 1970 aproximadamente, su taller estuvo abierto a la formación en el bordado a máquina de las vecinas y conocidas de los alrededores que compraban una máquina *Alfa*: Carmina Manolín, María Luz Zapateru, Celestina Ramos, Maribel Baén, Carmina y María Jesús Pachín, Pilar el Sargento...; después del típico *tra-pu* muestrario, se dedicaban a las mantelerías, juegos de sábanas, etc. No se abonaba nada por la enseñanza, a lo largo de todo el año, en horario de tardes. Profesora y alumnas, disfrutaban de un ambiente disten-

dido, donde escuchar las radionovelas, comentar las incidencias de la edad y las novedades aportadas por tener el taller frente a la parada de *Autos Llanera* con el trasiego que ello reportaba, no impedía instantes de intentos disciplinarios a base de mostrar *pucheros*, dar algún que otro golpe con la regla —como recuerda con peculiar sorna Celestina Ramos— o lanzar a la carretera un carrete de hilo de bordar que impactó —sin consecuencias— en la cabeza de Leonor, una de las vendedoras ambulantes de aquéllos años.

El ajuar de boda de Conchita y Loli la Costana, Charo y Norita de Casa Peral, Carmina y Teresa Mieres, Maribel Alvarín, por personalizar algunos de los múltiples y variados encargos fueron confeccionados por Josefina, que buscaba los diseños y dibujos fundamentalmente en las librerías ovetenses de Santa Teresa y Santa Clara y los necesarios hilos en *La Dalia* del Fontán.

La Nena Santiago

María Ángeles Fernández Ania, nació en dicha casa, también conocida por Casa Pericón de Tuernes el Pequeño en 1936, hija de Ángel y Rosario. Actualmente vive en Gijón. Con 14–15 años comenzó el aprendizaje de coser con Sara Martínez y unos dos años después, fue al taller que Margarita les Carriles tenía en Casa Josefa Segundo en San Cucao, para aprender a bordar a máquina durante otros dos años aproximadamente. Cree recordar que con 19 años más o menos instaló su propio taller de bordar a máquina en el comedor de su casa paterna, que simultaneó con clases de perfeccionamiento en corte y confección en una academia de la calle de la Lila en Oviedo y otras de bordado a mano con una señora particular, también en Oviedo. Contaba con una máquina *Singer*, de



BORDADO DE LA NENA SANTIAGO

su madre y otra *Alfa* comprada por ella misma, que eran las utilizadas para el aprendizaje de sus alumnas, aunque algunas como su prima Gelinos trajo la suya propia desde Carbajal. Maruja y Enedina L'Obispo, Mari Narciso, Pura La Cabaña, Angelina Xiromo... fueron algunas de sus pupilas. La limitación de máquinas imponía un horario determinado y preciso para las clases, con 2-3 alumnas simultáneamente durante una hora u hora y media, a lo largo de todo el día y durante todo el año.

Manejaba todo tipo de revistas de costura con las que se mantenía informada de las tendencias del momento. Innumerables mantelerías, sábanas, bolsas de pan, ajuares completos con sofisticados bordados, e incluso el faldón con un bordado bastante espectacular que lució Josefina Silvestre en su primera comunión, salieron de sus manos y taller que cerró al casarse en 1961 y pasar a vivir en Gijón. Aquí terminó en parte alguno de los encargos recibidos en Tuernes y muy pronto abandonó definitivamente el bordar *pa fuera*. Conserva numerosas piezas de las bordadas por ella y recuerda especialmente la representación de una cigüeña sobre paño cuadrado de unos 60 centímetros, obra multicolor que recibió hasta 2 premios en otros tantos concursos. Su hermano Manolo le hizo en su momento un marco de ebanistería para conservarla expuesta de manera adecuada, marco que aún conserva en su poder pero sin la figura que contenía, que desapareció en una incidencia casera.

María Jesús y Marité Josepín

María Jesús y María Teresa González Fernández, hermanas, modistas y bordadoras, hijas de Florentino y Azucena, nacieron en Casa Josepín de Tuernes el Grande en 1951 y 1953 respectivamente. Las dos comenzaron a bordar a mano con Marujina Segundín, simultaneándolo con los últimos años de escuela, después de terminadas las clases de las tardes. Para hacerlo a máquina, M^a Jesús acudió con Esmeralda La Rabada en La Parte. A coser primero y, más tarde a corte y confección, fue unos tres años con Carmina la Venta en Brañes, diplomándose después en una academia ovetense. María Teresa tuvo como instructora en el coser a la citada Carmina la Venta y en corte y confección y en el bordar a máquina, a su propia hermana.

En el comedor de la casa paterna, montaron el taller, equipado con dos máquinas *Alfa* a pedal, desde 1970 a 1974 aproximadamente. Compraban los paños e hilaturas en los almacenes de La Perla, Uría, Fruela, Olimpia, *La Más Barata*...; Las revistas de *Burda* y las

típicas de *Figurines* eran de consulta habitual. Mantelerías, juegos de cama, sueltos o integrantes de los ajuares de bodas, chalecos de mahón y otras ropas de vestir para la familia, amistades y vecindario, eran los trabajos habituales. Las radionovelas y los discos dedicados amenizaban las tardes de trabajo. El incorporarse como especialistas en los *Talleres Amefi* en El Cristo de las Cadenas y unos 6 meses después en *Confeciones Mendelson* de Oviedo, supuso el cierre del taller. Por él pasaron, además de la presencia continua de Belén, la pequeña de las hermanas, Mariné Manolón, Marité Chinta, Mari Carmen del Picu, Maribel Alvarín, Rosita Pina..., ésta última con su propia máquina de bordar. Iban por las tardes, abonaban una módica cantidad y aportaban sus propias tijeras, dedal, dedil, hilos y comenzaban el aprendizaje sobre el tradicional "trapu de metro por metro".

María Luisa y Menchu Manolín

María Luisa García Alonso, hija de Luis y Araceli, nació en Casa Manolín de Tuernes el Grande, en 1939 y actualmente vive en Oviedo. Tendría unos diez años cuando comenzó a bordar a mano con Gelinna Josepín, en Tuernes, durante un año; más tarde y a máquina lo haría durante unos seis meses con Margarita les Carriles en casa Josefa Segundo de San Cucao; los primeros pasos en el coser los dio con Margarita Pachantón en Agüera y se perfeccionó unos tres meses en corte y confección en una academia ubicada en La Florida de Oviedo, regentada por una tal Olga. Ejerció pues, como modista y bordadora.

En 1957 se habilitó una habitación en el piso de arriba de la vivienda de sus padres como taller de costura y bordado, que mantuvo hasta que por matrimonio en 1963, se trasladó a vivir a Oviedo. Aquí abrió otro taller donde siguió cosiendo para sus antiguas clientas y otras nuevas de la zona; también en Oviedo contaba con la ayuda de, además de su hermana Menchu, con otras 2 ayudantas. Con ella y en el taller de Tuernes –equipado con 2 máquinas *Alfa* a pedal, una para cada hermana– aprendieron a coser su hermana Menchu, Charin Barreru – que también aprendió con ella a bordar a máquina– Josefina Peral, María Luz de Justo y algunas otras. Como era típico en aquéllos tiempos, las clases eran gratis, por las tardes, en jornada adaptada a los plazos de los encargos recibidos por el taller. Las vecinas casas de la Costana, Barreru, Segundo, Peral, Revisgu, Baselde... eran clientes habituales; María Luisa *la Señorita de Cañe*, era una clienta peculiar; los trajes de novia de Pilar



M^a LUISA Y M^a CARMEN MANOLIN 15-9-1963. FOTO JOSÉ M^a GONZÁLEZ VILLANUEVA

y Tina del Zapateru de Cañe, los de la primera comunión de los niños de casa el Maestro de Biedes, el de Belén de Josepín, los mandilones exigidos por las Teresianas de Oviedo para las crías de La Costana, se hicieron en casa Manolín, bien en la sala de costura o en la pomarada cuando el tiempo lo permitía. Algunas veces Luis, el padre, imponía silencio a la radio, buscando evitar distracciones que pudieran afectar a la calidad de las tareas encomendadas.

Se dedicó a la confección de ropa fundamentalmente para la infancia y la mujer, aunque también confeccionó algún que otro pantalón de caballero e hizo múltiples arreglos de toda clase de prendas. En lo referente a las tarifas que aplicaba, cree recordar que un pantalón de caballero rondaría las 50 pesetas y uno corto para niño unas 35 aproximadamente. En los *figurines* habituales del momento, las clientas señalaban los modelos en los que estaban interesadas y recibían instrucciones sobre los metros de tela necesarios.

María Carmen García Alonso

Menchu Manolín, nacida en 1944; actualmente vive en Casa Zaperos de Piñera, a quien se reconoce como muy buena modista y bordadora, aprendió todo en el coser y bordar con su hermana y fue colaboradora aplicada del taller. En el bordar a máquina fue alumna aventajada, siendo María Rosa de Roque una de sus pupilas. En Piñera, sólo cosió y bordó para la familia.

Margarita Les Carriles

Margarita Fernández González, hija de Manuel y de Cándida, nació en Les Carriles, San Cucao, en 1930 y actualmente vive en Rosario, Argentina. Tuvo como primera maestra en el coser durante unos dos años, a Conchita la de Elías de Ables cuando ella tenía más o menos 17. Más tarde al comprar la máquina de bordar *Alfa* recibió los rudimentos de esta especialidad en los talleres de dicha firma durante tres o cuatro meses, cree recordar su hermana Sara. Vivió unos meses en



La Parte y tras casarse en 1952, estableció su taller de costura y bordado en los bajos de la casa de Josefa Segundo, junto al chalet del Médico en San Cucao. Por allí pasaron Anuncia La Piniella, Marí Narciso, Julia Martínez, la Nena Santiago...; Confeccionaba ropas de mujer y bordaba mantelerías, juegos de cama, etc. En 1955, se trasladó con su marido e hija a la Argentina, donde actualmente vive y allí siguió bordando y cosiendo como medio de vida personal.

Margarita, Marí y Ramón de Narciso

Margarita Fuente Alonso, hija de Ramón y Celestina nació en Ablanera en 1933. Fue a la escuela con Ramón de Mingón, a la pública de Biedes y unos dos años a San Cucao. Cree recordar que a los doce años comenzó a hilvanar, sobre hilar, coser, rematar ropa con *Mina el Menor* de Guyame, con la que estuvo aproximadamente seis años. Los trabajos que hacía eran todos a mano y el equipamiento (agujas, tijeras, alfileres, papel, regla, hilos) los ponía Mina. Por el aprendizaje no pagaba nada, pues era con ropa de encargos que se hacían a Mina y en cuya confección participaban las alumnas bajo la dirección y supervisión de aquélla. Más tarde, cosió ropas de mujer, algo menos las propias para uso en casa y muy poco para hombres, desplazándose a Casa El Rebollal, de los que era pariente, a La Costana en Tuernes el Grande y a Casa Bastián en San Cucao. Esta ocupación realizada por días sueltos e incluso semanas la ocuparon unos dos años.

Con 20 años poco más o menos, se instaló con la tía Elena en Oviedo, para acudir a clases de Corte y Confección en una Academia de la calle Independencia dos horas por las tardes durante un año, de lunes a sábado. Seguido instaló su propio taller en la casa paterna, en un *cuartu* delantero de la planta baja, aunque los patrones los preparaba en la enorme mesa que había en la cocina y con el buen tiempo se cosía en la pomarada de la casa. Ya disponía de una máquina de coser *Alfa* y acudían como alumnas, a la mañana o a la tarde y durante todo el año, vecinas de los pueblos de alrededor: Josefina Silvestre, Marujina Segundín; Concha Figu, Gelinos el Caseru, Josefina Celso y Cuca Pedro de Parades; La Nena y Mercedes Verdadera, Cuca Pachín, Nati C'Antón de Vidriera, Gelinos la de Xirromo de Arriba..., todas ellas más o menos, a partir de los 13 años y generalmente hasta las 21, aunque algunas como por ejemplo Concha Figu, superaba los 40 cuando comenzó. Los utensilios necesarios eran propios de cada una, aunque los hilos corrían a cuenta de Margarita. Abonaban una cantidad aproximada de 10

pesetas al mes. Si bien todos los días eran animados con alguna que otra broma, charlas y chistes; los lunes eran particularmente jugosos por los comentarios sobre el reciente domingo, por la película vista o el refresco sentimental.

Cosía fundamentalmente ropa de mujer. Los vestidos de novia de sus hermanas salieron de sus manos, así como la mayoría de la ropa de vestir propia y de la familia. Los primeros uniformes de *Autos Llanera*, en mahón, salieron de sus manos y fueron cortados por su padre Ramón. Compraba de manera regular los tradicionales *figurines* y buscaba algunos patrones en casas particulares especializadas. Se surtía de hilos, agujas, etc. en mercerías varias pero sobre todo en *La Más Barata* de Oviedo al comienzo y después casi exclusivamente en la *Mercería Tamargo* ubicada en El Fontán, regentada por Charo y Tina de Casa Corredoria de Parades. El viaje de búsqueda de utensilios, botones, hombreras, tripa de pollo y otros adornos, etc. no dejaba de ser una pequeña aventura; iba en bicicleta hasta Lugones, donde *el Pitano*, un sastre que cobraba 40–50 céntimos por dejarlas aparcadas en el huerto al lado de su casa en la carretera general, mientras subía a Oviedo en el Tranvía. Un momento de apuro en el taller, siempre coincidía con las fiestas patronales de los pueblos donde como era costumbre, todo el mundo estrenaba para tal efemérides.

En 1963 cerró el taller en Ablanera y trabajó como asalariada en la *Sastrería Fuente* que regentaba Manuel



MARGARITA FUENTE, 1958

—primo de su padre— ubicada en la calle de la Estación de Lugones hasta 1983, año en el que comenzó a prestar trabajos para una conocida familia astur-mexicana en Oviedo. Actualmente vive entre Posada y Ablanera.

María Luz Fuente Alonso

Hermana de Margarita, nació en Ablanera en 1939. Pasó unos seis meses con Margarita les Carriles, y después estuvo a temporadas durante unos dos o tres años aprendiendo a bordar a máquina con la Nena Pericón. Disponía de una *Alfa* que aún conserva en perfecto estado y que compró con lo invertido en la cartilla de la escuela de San Cucao donde se ahorra a base de comprar *sellos* que se pegaban a la cartilla, específicos para este fin.

Josefa y María Jesús, las de Aurelio Mingón, que aunque residentes en Trubia pasaban los veranos en Ablanera, así como Gelinós el Caseru, quien conserva un excelente álbum con los trabajos realizados, fueron algunas de sus pupilas en los pocos años que se dedicó a ello antes de casarse en 1959; bordaban en la sala del piso de la casa paterna donde los balcones de aquél entonces les permitían disfrutar de excelente luz y sol. Mañanitas de raso azul, guateadas y bordadas en zig-zag a colores, juegos de cama, *incrustar* puntillas en enaguas, camisones y otros componentes del ajuar de novias, eran los encargos principales. Algunos de sus trabajos fueron pedidos por familiares residentes en Cuba. Muchos otros de sus bordados, complementaban los encargos que como modista confeccionaba Margarita. Actualmente vive con su hermana entre Posada y Ablanera.

Ramón Fuente Rodríguez

Ramón de Narciso, nació y murió en Ablanera (1898–1978). Padre de las dos anteriormente citadas, hijo de José y María a los 18 años emigró a Cuba al mismo tiempo que su hermano Virginio y su primo Manuel. En la Isla del Caribe, probablemente en La Habana, aprendió con su tío a confeccionar patrones, cortar, hilvanar y coser trajes, tarea principal si no exclusiva en los aproximadamente cuatro años que permaneció allí. Al regreso a Ablanera, además de un cierto capital, en su maleta venían algunos patrones que años después, servirían de base en la confección de los necesarios para los primeros uniformes del personal de *Autos Llanera* que en mahón, confeccionaría su hija Margarita durante unos dos años. Ramón, por condicionamientos familiares, nunca trabajó como sastre en Ablanera, dedicándose a la casería.

Margarita Pachantón

Margarita González Rodríguez, hija de José y de María, nació en Casa Pachantón de Agüera en 1936 y vive hoy día en Casa Juaca del mismo pueblo. Alumna aventajada de Flor de Martínez con la que con unos 15 años comenzó su aprendizaje que duraría unos 18 meses. Aproximadamente a finales de 1953, con cierto disgusto de Flor, viajó en bicicleta hasta Lugones y allí tomó el tranvía hasta Oviedo con el objetivo de buscar una academia donde perfeccionar sus conocimientos en Corte y Confección; la encontró en la calle de la Rúa, donde Aurina Migoyo —así se llamaba la especialista— la instruyó unos 6 meses. La estancia con Flor fue gratuita, no así en Oviedo, donde cree recordar que el aprendizaje era un poco caro.

Su taller lo estableció en la planta baja de la casa paterna a comienzos de 1955 y allí permaneció hasta 1960, cuando al casarse pasó a Casa Juaca donde terminó los encargos que tenía y abandonó el coser *pa fuera* para dedicarse a las tareas familiares. Inicialmente usó la máquina *Singer* de su madre hasta que se compró una *Sigma*. Además, en el cuarto de costura había un armario para las ropas y un espejo, como mobiliario específico. Adquiría múltiples revistas especializadas y figurines, casi exclusivamente en la librería Santa Teresa. Durante algún tiempo el local fue compartido con sus hermanas, donde Ana bordaba con una máquina *Alfa* antes de casarse y pasar a vivir en Ables.

Nieves y Gloria el Madreñeru, Gelita la Campa, Pacita la de Telva, Mari Carabina, Gelita Viesca... la ayudaban en sus encargos a medida que adquirían conocimientos sin compensación económica alguna para



MARGARITA, SEGUNDA POR LA IZQUIERDA

ninguna de las partes. Tenía dos días a la semana específicamente dedicados a enseñarles corte y el resto se dedicaban a coser. Debían traer el papel para cortar, esquadra y cartabón y los *jaboncillos* de colores para marcar. Las aprendizas pasaban en Casa Pachantón todo el día, y algunas veces parte de la noche, según las urgencias y necesidades. La seriedad reinaba en el taller, donde no había tiempo libre para juergas o distracciones.

Margarita nunca usó patrones para cortar. Sus clientas seleccionaban sobre la revista especializada—figurín el modelo que querían, se les tomaba medidas, recibían instrucciones de cuántos metros de género comprar, asesoraba en los aderezos y adquirían el tejido o paño adecuado. Generalmente había dos pruebas de la prenda que días después se les entregaba pulcramente planchada y doblada. El tejido o paño se compraba por metros en los *Almacenes Galán*, *El Mundo*, o *Al Pelayo*. También era posible adquirirlos en Posada de Llanera, en Casa Jesús el Sastre, que además disponía de amplia variedad de dedales, agujas, hilos, fiselinas, hombreras, embebelos.... Confeccionaba para mujer chaquetas, faldas, blusas, trajes, abrigos, ropa interior... y algún que otro pantalón de hombre. Nunca hizo trajes de caballero porque la armadura y entretela eran complicadas y requerían mucha dedicación especializada. Los trajes de novia de sus hermanas Ana y Rosita; de Mercedes Vitoria y Josefina La Quinta de Ables, entre otros muchos, salieron de sus manos. Cree recordar que el precio de confeccionar un traje chaqueta estándar podría oscilar entre las 40 y 100 pesetas; un traje de novia entre 200 y 300 y un pantalón de caballero unas 50–60 pesetas, dependiendo siempre de la complejidad de la prenda según el modelo escogido y la dedicación requerida.

María Paredes

María Nieves Paredes Menéndez, nació en San Cucao en 1913, donde también vivía cuando murió en 1993. Hija de Aurelio y Teresa se dedicó toda su vida a la costura, aunque los recuerdos más antiguos que hay de su taller en la memoria de las personas entrevistadas, alcanzan a 1936 y que mantuvo activo hasta 1979–1980. Ubicado en el vestíbulo–pasillo de la casa que aún se conserva como en su época, se recuerdan hasta dos máquinas *Singer* de pedal, ubicadas en la cocina, donde sobre la amplia mesa que allí había marcaba y cortaba; como probador, su propio dormitorio particular, a la izquierda del pasillo central de la vivienda, nada más entrar en ésta. Está claro que las primeras nociones del coser fueron las recibidas de Carmen Loy,

no pudiendo precisarse si acudió posteriormente a perfeccionarse en alguna academia o al taller de otras modistas. Compraba de manera habitual revistas de moda y figurines aunque es reconocida su inventiva.

No bordaba. Confeccionaba casi exclusivamente ropa de mujer, aunque algunos trajes de mahón, así como chaquetillas o pantalones en dicho paño y para hombre, salieron de sus manos, siendo especialmente recordadas las camisas–guayabera que confeccionaba para su cuñado, José La Cabaña. Las clientas debían suministrar las telas para la confección; hilos, botones, etc., los compraba fundamentalmente en la tienda de Enedina y Fernando *el Guarnicionero* de Posada. Mi traje de primera comunión, fue confeccionado por ella.

Sara la Cogolla, Margarita Mero, Margarita y Maricarmen Madreñeru, Angelita y Mariceli de Zacarías, Celina Mazurén, Rosa, Margarita y Josefina Tamargo, Ana Mary del Gaiteru, Dorita Segundo... fueron algunas de sus muchas aprendizas. Estas llevaban al incorporarse al taller tijeras, agujas, alfileres, regla, hilo de hilvanar y el tradicional *centímetro*. Además de pasar hilos, hilvanar, sobre hilar, etc., presenciaban como María marcaba y cortaba con gran cuidado, destreza y precisión. Se supone que algo se pagaba por la enseñanza, pero nadie recuerda cuánto. Tenían un horario desde la comida de mediodía hasta el atardecer a lo largo de todo el año; hacían una pausa para la merienda, para la que servía de pauta horaria el paso del *cochazo* en el que siempre a las 16:30 horas iba Víctor Tartiere camino de su finca en el Torrejón. Sentadas en la huerta–jardín de la derecha de la casa, en un elaborado banco de madera con respaldo, daban buena



ISABELITA GARCÍA, LUISA PACHA, MARÍA PAREDES, AURORINA CASA CARLOS, PEPE GARCÍA, ÁNGELES DÑA PEPA, ? Y M^a CRUZ DEL MOLÍN. FOTO GOYO

cuenta de la tortilla, el chorizo, el chocolate, o los embutidos o fruta –y La Casera de sabores– comprados en la vecina Casa Pacha y otros refrescos del Bar de Bienvenido. En el taller se disfrutaba de un excelente y distendido ambiente de trabajo; las radionovelas, las cuitas del domingo y los comentarios sobre la última película vista en el cine de San Cucao, formaban parte del entretenimiento habitual. Es conocida la poca gracia que le causaba a María el que sus chicas alteraran el horario habitual para ir a ver las corridas de toros en la televisión instalada en Casa Luis de la Parte.

Una de sus aficiones que se recuerda aún hoy, es la dirección del coro de chicas, (Maruja Pacha, M^a Cruz la Panera, Menchu y Marisé Viesca, Carmina Hortensia, Enedina la de Josefa y muchas otras) que intervenía en todas las misas cantadas de la Iglesia de San Cucao, en las tradicionales flores del mes de Mayo, etc. donde además de cantar, su virtuosismo con el armonio era muy reconocido. Se cree que aprendió a tocarlo con la Señorita de Cañe en el palacio del mismo nombre. Otra de sus aficiones era la jardinería: la huertina–jardín a la derecha de la casa era motivo de orgullo para María y su familia y de admiración de vecinos y visitantes. La hora de la siesta era generalmente el momento en el que María hacía una larga pausa en el coser y se dedicaba a sus flores con mucho cuidado y atención.

Marujina Segundín

María Carmen Pérez Fernández, hija de Ramón y de Palmira, nació en Segundín, Tuernes el Pequeño, en 1943 donde sigue viviendo. Tras sus primeros pinitos en la escuela de San Cucao, donde se dedicó al tradicional *trapu*, aprendió a coser con Margarita Ablanera. Más tarde, vivió con una tía en Oviedo casi cuatro años que utilizó para diplomarse en Corte y Confección en la *Academia Migoyo* de la calle de la Rúa y recibió clases de bordar a mano en el Colegio de la Inmaculada ubicado en La Corrada del Obispo y para hacerlo a máquina, en las instalaciones de máquinas *Alfa* en la calle Uría en aquél entonces, si-



multaneando todos estos aprendizajes en diferentes momentos a lo largo del tiempo indicado.

Más o menos, de 1960 a 1970 tuvo su taller en una habitación de la primera planta de la casa paterna, equipado en principio con una máquina marca Alfa y años después una *Singer*. Enseñaba solo a bordar a mano, no a coser o bordar a máquina, tareas éstas que hacía para casa. Por su taller, pasaron a lo largo de sus catorce años de funcionamiento muchas vecinas: Josefina Silvestre, Marité de Martínez, Mariluz de Pinón, Lenita Pomar, Maríluz Zapateru, Norita y Josefina Peral, Charin de Barreru, Lolina La Costana, María Jesús y Carmina Pachín, Edita el Caseru, Lola Manenso, Conchita Verdera, Carmina y Marisa Viesca, María Jesús y Marité Josepín, Azucena el Ferreru, Carmina Manolón,... desde los diez o doce años hasta aproximadamente los 18.

En horario aproximado entre las dos y las seis de la tarde, de lunes a viernes y por un precio medio que cree recordar alrededor de 35 pesetas al mes, entretenidas en animadas charlas sobre los más variados temas de actualidad, mozos, chistes, etc. y alguna que otra broma en las que destacaban por su ingenio las de María Jesús de Pachín o Maríluz del Zapateru, se adquiría destreza en hacer *festones, filé, punto de cruz, pespuntos, cordón, cadeneta, punto ruso, nidos de abeja, vainicas...* en el popular *trapu* –que algunas de las asistentes ya habían trabajado en la escuela– y después se materializaban en mantelerías, juegos de cama, y demás ajueres caseros plenos de colorido y que constituyen auténticas muestras de artesanía popular. Cada alumna aportaba tanto los paños sobre los que trabajar como los utensilios que necesitaba: el conocido bastidor de madera, agujas, dedal, tijeras, hilos... Maruja señalaba las tareas básicas y supervisaba los resultados. A través del tradicional papel de calco marcaban sobre el paño el motivo que querían bordar, copiado o adaptado en cada caso de los libros de modelos tan populares en aquéllos años. Pocos fueron los encargos de bordados que Maruja hizo para fuera de su casa. Tampoco cosía más allá que las prendas de la familia y cerró el taller más o menos cuando se casó. Compraba generalmente en *La Dalia* y en *La Más Barata*.

Mína La Panera

Belarmina García Martínez, hija de Gerardo y Leoncia, nació en dicha casa de San Cucao en 1913 y falleció en 1970. Aprendió a coser con su tía Rosalía y su intuición autodidacta pues nunca fue a Academia alguna, dedicó toda su vida a ello y los encargos que



MINA CON SUS ALUMNAS VESTIDAS PARA EL ANTROXU

dejó pendientes a su muerte, los terminó su sobrina Marisa. Inicialmente, el taller de costura estaba en la panera de la finca, que aún hoy se conserva, adosada a la derecha de la vivienda; posteriormente se trasladaría a la sala del primer piso de la casa donde había un compartimento para las pruebas con el consiguiente armario con amplio espejo y donde se ubicaba la mesa de cortar; otra con la máquina *Alfa*, así como algunas sillas y bancos. Cosía para mujeres y chiquillería, cor-



MINA COSIENDO EN LA QUINTANA

taba las prendas directamente sobre el paño sin usar patrón alguno y enseñaba a les chavales que estaban con ella todo lo que sabía.

Estaba suscrita a *Hogar y Moda* y *Burda*, además de otras publicaciones que servían de orientación para los vestidos, faldas, chaquetas, abrigos, etc. que se le encargaban. Las clientas aportaban el paño necesario y generalmente ella buscaba la mayoría de cremalleras, botones, y otros aderezos y útiles en las tiendas de Oviedo *Ramón Puerta* en la calle Magdalena, *La Más Barata* en Cimadevilla o *La Vice* de Foncalada. Encargaba el forrar botones a Enedina y Fernando en Posada de Llanera.

Numerosísimas chavalas de San Cucao y alrededores pasaron por su taller donde imperaba un ambiente desenfadado que no afectaba a la calidad. La asistencia era mayormente en las tardes a lo largo de todo el año, excepto la mayor parte del mes de septiembre en el que Mina se tomaba libre en casa de familiares de Oviedo y disfrutar de San Mateo. Sara Martínez, Tiva la de Mariñes, María Luisa la hermana, Lola Santuyano, Lola Granda, Loína el Gaiteru, Vitorina Narciso, Nieves la de Ángel, Nieves Pomar, Carmina la de Hortensia, Gelita, Leontina, Carmina y Marisa Viesca, Mari La Racha, Maruja Silvestre, Gelos la de Quilo, Elvirita y Esperanza de La Marzanal, Tere y Conchita las de Fernando, Maruja Cueto, Mari La Muria, Julita La Teyera, Leonides Martínez, Mari-bel del Cueto, Celestina Ramos, Carmina Manolón, Conchita Vixil... otras de Axuyán, Cañe, etc., son algunas de las alumnas de Mina en su dilatada vida

profesional. Además de colaborar en los encargos del taller, hacerse sus propias ropas, múltiples trajes de novia, de comunión, etc., la confección de los disfraces para Carnaval era un momento especialmente esperado y disfrutado particularmente en las décadas de los 40 y 50 del siglo XX. Obsérvese la foto que reproducimos donde se puede ver la variedad de estilos, los coloridos que se intuyen y la gracia con que se lucen. Como anécdota que pone de manifiesto la premura con la que se trabajaba, consecuencia de los múltiples encargos que había en el taller, cabe reseñar que Mina hubo de hacerse para sí misma el vestido de madrina de boda en la de Margarita Chinta, en menos de 24 horas trabajando incluso por la noche.

Rosalía García Martínez

Tía de Mina, que también tenía taller de costura en La Panera hasta que se casó y pasó a vivir en San Claudio. Murió aproximadamente a finales de la década de los 60 del pasado siglo.

María Luísa García Blanco

Marisa La Panera, nacida en 1949, aprendió con su tía Mina los rudimentos del coser antes de ir a la *Academia de Corte y Confección Migoyo* en la calle de La Rúa de Oviedo y después colaboró muy activamente con Mina. En su propio taller tuvo únicamente un par de alumnas de Bonielles durante su tiempo de modista dedicada a ropa de mujer y de niños. Cerró el taller en 1975 cuando al casarse, pasó a vivir en Lugo de Llanera donde actualmente reside.

Mina el Menor

Carmina Alonso Fernández, nació en dicha casa de Guyame en 1911, donde falleció en 2014. Hija de Pablo y Rosa aprendió corte en Oviedo, con los Bar-



MINA EL MENOR COSIENDO EN SU TALLER



MINA CON SUS ALUMNAS. DE IZDA A DERECHA Y DE PIE: NIEVINES LA DE XUAN, ELOÍSA BANGO, MINA EL MENOR, CARMINA MAZURÉN, BLANQUITA CASA PRIN DE LES CARRILES, MARGARITA NARCISO, PEPE LUIS, ARCIRIA LA DE SAMA

bao, y poco más o menos, sobre los 17 años, enfermó de tuberculosis vertebral o mal de Pott que la obligó a permanecer en cama y escayolada unos dos años. Su padre le fabricó una cama específicamente adaptada, en la que la movían desde el piso de arriba de su casa hasta el bajo y donde con una máquina a rabil cosía y también tejía postrada en la propia cama. En esa situación estuvo unos 25 meses y hay quien cuenta que el temor a la revolución asturiana de 1934, y a no poder moverse con facilidad, la obligó a superar la postración y dependencia de estar casi siempre acostada, aunque la enfermedad nunca la abandonó a lo largo de su prolongada existencia. Su taller estaba ubicado en una buhardilla de la casa paterna que su padre adaptó especialmente y en cuyo techo colocó un espejo que le permitía a través de la ventana ver a quienes pasaban por la carretera y charlar animadamente con ellos desde la cama.

El taller de costura estuvo abierto aproximadamente hasta 1961, aunque después siguió cosiendo para casa. Por él pasaron Anita el Peñeo, Eloísa La Parte, Blanca Les Carriles, Carmina Mazurén, Mariluz Paredes, Maruja la Rubia, Marujita Payarón, Nati Boría, Maruja Pin, Carmina, Sara y Avelina La Cogolla, Josefina La Quinta de Ables, Maruja la de Dimas, María Luz de Panizales, Maruja y Carmina las de Facio de Piñera, Margarita Narciso...; con horario de mañana y tarde, con pausa para ir a comer a casa o las de pueblos lejanos hacerlo con ella en Cal Menor; Carmina Campana se caracterizaba por ser alumna solo durante los veranos. Todas ellas acudían con su propia silla baja y tijeras, aprendieron a repasar, remendar y demás rudimentos del coser –y en algunos casos del bordar– colaborando en los encargos que Mina reci-

bía. Marcaba y cortaba en presencia de sus alumnas–colaboradoras y también las pruebas se hacían en presencia de aquéllas, como un paso más del aprendizaje.

Hay quien cree recordar que allá por 1950 le pagaban 50 pesetas al mes por las clases. Prácticamente todas confeccionaron allí su propio traje de novia y aún hay quien recuerda como las iniciales del propio nombre en la ropa interior imprimían a ésta carácter. El comportamiento disciplinado y perfeccionista de la jefa caracterizaba al taller, aportándole un notable rasgo de compostura y calidad. Era *vox populi*, por ejemplo, que Mina no aceptaba fácilmente los típicos cu-chicheos sobre las incidencias juveniles del domingo.

Pura y Carmen La Cabaña

Purificación Arias Iglesias, hija de Rafael y de Mercedes, nació en La Cabaña, Tuernes el Grande, en 1931 y falleció en Gijón en 2007. Lo básico del bordar a mano se lo enseñó la maestra de Biedes, Cesarina Martínez, unas dos horas al día, dos días a la semana. Aprendió a coser con Sara Martínez desde los 17 años más o menos. Para aprender a bordar a máquina, fue a Casa Pericón en Tuernes con la Nena Santiago.

En una habitación de la planta baja de la casa paterna, tenía establecido su taller, equipado con una máquina marca *Alfa*. Se dedicaba fundamentalmente a cortar y coser toda clase de ropa. Compartía el taller con su hermana Carmen. Tuvo como alumnas a Tina el Zapateru de Cañe durante unos dos años. No se sabe cuánto cobraba por las clases, pero serían unas 10 o 15 pesetas al mes, en horario a lo largo de todo el año y más o menos desde las 9:30 de la mañana hasta el oscurecer, con una pausa para ir a comer a su casa. Llevaban agujas, dedal, tijeras, hilos, etc. para su uso particular y lo conservaban en una lata decorada tipo Cola–Cao. Esporádicamente también acudía Oliva de Casa Roque de Tuernes el Pequeño, prácticamente solo cuando necesitaba coser vestidos para uso propio, que confeccionaba siguiendo las indicaciones y bajo la supervisión de Pura. Su hermana Avelina recuerda que Pura hacía sus propios patrones, tenía algún libro de modelos o *figurines* y no recibía revistas de moda. En el taller no se llegaba a escuchar la radio que estaba instalada en la cocina de la casa y algunas veces se trabajaba de noche, fundamentalmente cuando había que coser el traje de alguna novia que, siguiendo la costumbre de la época, el modelo era un secreto que nadie debía conocer hasta el día de la boda. Los ingresos como modista le permitían autonomía económica suficiente para sus necesidades.

Los vestidos de novia para ella misma, así como para su hermana Carmen, los hizo Pura basándose en los modelos de una revista especializada, así como, a modo de ejemplo, el vestido para el bautizo del hijo de Pacita el Zapateru o el traje de primera comunión de Cuca de Casa Pedro de Parades o alguna que otra blusa para Marujina Segundin.

El Taller en La Cabaña se mantuvo hasta que se casó en 1956 y al establecerse por ello en Paladín de Les Regueres, siguió cosiendo allí, más tarde en Mieres y finalmente en Gijón, según fue cambiando de residencia. Su hermana Avelina recuerda como en la época de Paladín, y al estar Pura aquejada del reuma articular que frecuentemente padecía por ser necesario terminar vestuario para una boda inmediata, fue preciso que ella –Avelina– terminara el vestido y el abrigo para la novia bajo la supervisión y minucioso examen de Pura.

Carmen Arias Iglesias

Conocida como Carmen La Cabaña, hermana de Pura, nació en La Cabaña, Tuernes el Grande, en 1928 y falleció en Villalegre (Avilés) en 2010. Aprendió a coser ropa de mujer con su madrina, Pura, de Casa Lin de Segundo de Biedes (de la que fueron alumnas Pacita y Araceli del Ferreru de Tuernes) y ropa de hombre con Tiva en Casa la Peña de Bonielles, más o menos a partir de los 16–17 años y hasta que se casó en 1953. Compartía el taller con su hermana Pura, hasta su boda. Se dedicaba fundamentalmente a cortar y coser toda clase de ropa de mahón masculina (pantalones, chaquetillas, etc.) para sus propios familiares y según comenta su hermana Avelina nunca cosió para fuera de su propia casa, aunque ayudaba a la hermana Pura en los encargos de ésta.

Rosario La Madrilana

Rosario Suárez Álvarez, hija de Baldomero y Carmen, nació en La Madrilana de Tuernes el Pequeño en 1913 y murió en Oviedo en 2014. Se sabe que aprendió a coser con Carmen la de Loy de San Cucao y que, más o menos con 22 años, tenía en funcionamiento su propio taller en la casa paterna, esto es 1935 aproximadamente y que lo mantuvo hasta su matrimonio en 1952. Al casarse vivió un tiempo en Casa Eloy de San Cucao –de donde era Justo, su marido–, y más tarde en Coruño antes de domiciliarse en Oviedo.

El taller estaba en la sala del piso de arriba y primeramente utilizó una máquina *Singer* a rabil, que



Baldomero había comprado como premio a su hija mayor, Consuelo, al haber conseguido el primer puesto en un concurso – demostración comercial que organizado por dicha marca comercial, se celebró en Casa Martínez de Tuernes alrededor de 1930.

Más tarde tuvo una máquina *Alfa* e incluso es posible que una tercera, ésta también *Singer*, a medida que sus hermanas la iban necesitando e incluso llevando como ajuar al casarse. Cosía fundamentalmente ropa de mujer y algún que otro pantalón de hombre, tanto de vestir como de mahón, además de toda la ropa habitual para la familia y algunas amistades, tareas en las que colaboraban algunas de sus hermanas. Belarma el Roxu, María Mingón, y otras chicas de Biedes, Parades, El Cantu y Vidriera, a las que no nos fue posible identificar, trabajaron con ella en diferentes momentos.

Sara Martínez

María Rosario Martínez Rodríguez, hija de Manuel y de Balbina, nació en Casa Martínez, Tuernes el Pequeño, en 1926. Actualmente vive en Posada de Llanera. Cuando de *guaja yindaba les vaques* en Los Gafares junto a Maricruz La Panera ya se entretenía confeccionando en papel vestidos para sus muñecas y cortaba las figuras de adorno en otro diferente para que destacaran con una estética infantil, pero depurada. Con unos 15 años su madre la envió con Mina la Panera donde pronto comenzó a aburrirse de hacer punto ruso y pasar hilos. En aquél año que pasó yendo a La Panera, se empapó de los rudimentos del coser con facilidad y entremedio –haciendo pinitos sola en su casa– tuvo que dejar sin bolsos una bata para su madre porque los cuatro metros de paño que ésta le compró para ello, no le alcanzaban... La camaradería que se respiraba en el ta-

ller de Mina tenía su punto álgido cuando era necesario seleccionar quien entre las aprendizas iba hasta Posada de Llanera por los hilos, botones u otros complementos que no se encontraban en Casa García o Casa Pacha del propio San Cucao.

Sara fue alumna de la academia de Manuela Migo-yo, en la calle de La Rúa de Oviedo, donde consiguió el título de Corte y Confección al final de casi un año de aprendizaje y unas 25 pesetas al mes por las clases recibidas. También con *Alfa* aprendió a bordar a máquina, aunque nunca hizo estas tareas para fuera.

De vuelta en Tuernes, con 18 años ya tenía taller propio –estamos en 1944– por el que en diferentes momentos y hasta 1975 aproximadamente, pasarían Marisa Toribu, Mariluz Zapateru, Josefina Silvestre, Maruja y Enedina L'Obispo, Maribel de Vixil, la Nena Santiago, Olvido y Mari La Racha, Carmina'l Pólboro, Pacita Cañe, Carmen y Pura La Cabaña, M^a Rosa Roque, Esmeralda y Mariflor de La Parte, Luisa Pumar, Carmina La Rabada, Carmina el Raposu, Marcela, Lola y Argentina el Picu, Charo Alvarín, Charín de Barreru, Gelina Eusebia...; las de lejos llevaban la comida y Marité, la hija de Sara, disfrutaba de cuidadoras que la *cebaban* en algunas ocasiones.

El taller tenía dos ubicaciones, siempre con vistas a la carretera: en invierno, en la planta baja y en el vera-



PURA LA CABAÑA, MANOLO MARTÍNEZ, SARA, ...X DEL FONDÍN DE BRAÑES, LUISA CAÑE Y GELINA MINGÓN

JOSEFINA SILVESTRE, MARILUZ DEL ZAPATERU, SARA, MARIBEL DE TORIBU Y M^a ROSA ROQUE

no en el piso de arriba de la vivienda, en este caso con un vistoso balcón siempre abierto. Una mesa camilla, una máquina de coser *Singer*, que ya usaba su madre, y que aún se conserva, un perchero, una plancha de carbón de 5 kgs de peso, hecha por encargo en Trubia, y otra eléctrica, un espejo de considerables proporciones y la tabla para planchar, modelo exclusivo que le había preparado su marido Luis, eran los muebles con los que contaba. Las sillas de madera bajas eran propiedad de cada asistente así como la caja de costura o mandil con un bolso central amplio para las tijeras, hilos, y demás componentes. Cobraba unas 25 pesetas mensuales a cada una, que además de coser para Sara en los encargos que ésta recibía, hacían sus propias ropas. Casi todas hicieron sus vestidos de novia bajo la dirección de Sara. Los vestidos de primera comunión de su hija Marité, de todas sus sobrinas, de Maryluz de L'Obispo... se confeccionaron por ella. Había aprendices a lo largo de todo el año y los sábados tocaba poner orden en el taller y fregar con polvo de arena y estropajo de esparto; la lejía estaba prohibida para evitar posibles daños en la ropa.

Además de los rudimentos del coser, se estudiaban *Figurines* y el *Burda*, trazaban patrones con el carboncillo de colores, se cortaban vestidos en papel seda que se probaban en maniqués y se aprendía a planchar con la *guitarrilla* para las mangas, la *almohadilla* para las

hombreras y el grado de humedad que debía tener la *sarga* para conseguir el aspecto impecable exigible a la prenda lista para el cliente.

La radio que había suministrado Pepe Calixtro les entretenía con los seriales de radionovela del momento, el consultorio de Elena Francis, o los discos dedicados. Las provocaciones—flirteos a los *probes* que pernoctaban en Casa Campana, *los refrescos* y cortejos, eran habituales bajo la mirada cómplice de Sara. Algún chaval de aquél entonces escapó a la carrera por *les caleyes* en dirección al Caleru de Agüera para no ser descubierto cortejando por los padres de la moza con la que hoy día tiene un consolidado matrimonio.

Aparte de Casa García, y Casa Pacha en menor medida, se surtían de hilos, botones, agujas y demás en el *Guarnicioneru* y *Casa Rosa* de Posada. Otras veces eran los empleados de *Autos Llanera*, quienes llevaban *la lista*, incluso la muestra de lo necesario, a la *Mercería Tamargo* en El Fontán y traían los suministros.

Valentín el Sastre

Valentín Menéndez García, hijo de Alberto y Rosario, nació en Viescas, Salas, en 1946 y desde 1961 vive en Guyame, primero en la antigua Casa Martínez—más tarde conocida como Casa Alberto—y actualmente en La Quinta o Casa Payarón donde se esta-



PLANCHA DE 5 KGS. USADA POR SARA MARTÍNEZ. FOTO DEL AUTOR

bleció al casarse. Hijo de madre modista con taller, de guaje ya le atraía *quitar hilos*, razón por la que con poco más de 13 años se fue con el amigo paterno Cipriano, a la sastrería de éste en Salas, y poco después aprendió el corte con Kiki, también en Salas. Kiki, tenía un estilo de confección más actualizado y español que el cubano de Cipriano, razón por la que éste consideraba que debía perfeccionarse con aquél. Alumno aventajado, cuando a los 15 años de edad llega con su familia a Guyame, Elviro el Sastre –que ya quería ir dejando sus tareas– comenzó a recomendarlo a sus propios clientes como el nuevo sastre para hombres en San Cucao y alrededores. Elviro terminaría vendiéndole –en parte gracias a la mediación de José les Caleyos– y por unas 400 pesetas, parte de sus utensilios, como las tijeras que aquél usó, el caballete para planchar hombreras y pechos, la regla, etc.

En una casina a la derecha de la casa paterna en Guyame, estableció taller propio, donde la máquina *Alfa* a pedal que le había comprado su padre, ocupaba un lugar destacado, junto a una mesa grande para cortar, la mesa de planchar y un armario con luna para las pruebas. En el mismo taller llegarían a juntarse, fruto sus propias adquisiciones, hasta un total de cinco máquinas de coser que aún se conservan. Dos de ellas, marca *Alfa*, industriales, y otras dos *Singer* a pedal, además de la comprada por su padre. Trabajaron en aquél taller Olvido La Racha, Maricarmen la del Pollo, Enedina la de Corquera y algún auto–postulado candidato masculino no llegó a presentarse nunca. Ni pagaban nada ellas ni cobraba nada él.

Siempre cortó y cosió para hombre. Infinidad de pantalones, chalecos, chaquetas de mahón, trajes completos, así todo tipo de ropa de vestir, incluso abrigos y nunca camisas, cobraron forma en sus manos; mi padre se vistió alguna vez allí, me cuenta; no tenía pañería a la venta pues cada cliente acudía con el paño necesario y compraba botones e hilos, fundamentalmente en *La*

Más Barata y en cantidades más industriales en *Almacenes Guisasola* en la calle Melquiades Álvarez o en los *Almacenes Aramo* de la calle Uría. Cree recordar que por hacer un traje cobraba unas 300 pesetas.

El incorporarse a la Mili a los 21 años supuso la interrupción de sus trabajos profesionales hasta que año y medio después, en 1969, buscando nuevos horizontes económicos, trabajó poco más de un mes en la *Sastrería Avelino* en Sama, complementaria de un importante negocio de pañería y al que terminaría comprándole 3 de las 6 máquinas de coser que tenía, máquinas que en Guyame modernizó aunque no llegó a usarlas todas. Viendo mejores opciones en Oviedo, pasó a la *Sastrería Belarmino* en la calle Palacio Valdés como oficial. Su buen hacer le supuso el ser tentado por otros sastres de renombre –Santamaría, Álvarez, Abadías, Carrelo– y tras dos años con Belarmino, se independizó y comenzó a trabajar en su casa de Guyame como *piecero especialista en chaquetas* para los citados sastres. Iba y venía a Oviedo varias veces por semana a recoger lo que aquéllos cortaban y a entregar lo confeccionado por él. Cobraba unas 700 pesetas por chaqueta, en los últimos tiempos incluso llegaba a las 1000, lo que suponía un montante mensual *curiosu* para la época. En 1975, cuando tenía 28 años, dejó la actividad estableciéndose como autónomo de la alimentación en Oviedo. Hoy día sólo hace algún que otro arreglo para la familia.

COLOFÓN

Como cabe suponer, la base documental son las entrevistas personales cuando fue posible con los propios interesados (en muchos casos ya no lo es), sus familiares o discípulos/as, Mi agradecimiento a todas y todos sin excepción, que me confiaron animosamente retazos de sus memorias y rebuscaron en almacenes y desvanes caseros, con un esfuerzo e interés no siempre coronados por el éxito apetecido, recuerdos personales y elementos físicos de la tarea tiempo atrás desarrollada. Permítaseme esperar que mis rígidos y crudos interrogatorios queden compensados por este intento de que las y los protagonistas que nos ocupan, –que he luchado porque sea lo más exhaustivo posible– no pasen al anonimato y olvido social en pocos años y que, en general, queden como un referente de todos aquéllos otros a quienes la memoria colectiva ya no recuerda. A todos ellos individual y colectivamente, va dedicado este trabajo.

Nota: Las fotos son propiedad de las personas citadas o de sus familias.